

para tratar de la fundación de un colegio.

Día 18.—1873.—Toma posesión el ayuntamiento, presidido por Don Antonio Caminero, y se disuelve la Junta de gobierno instalada el día 12.

Día 19.—1874.—A propuesta del alcalde, D. Ramón Cornejo, acuerda el ayuntamiento cerrar la población, realizando las obras necesarias, para evitar que las partidas carlistas entren en Valdepeñas.

Día 20.—1904.—Real orden, concediendo a Vicente Rodríguez Allende, sargento de la guardia civil del puesto de Almuradiel, la cruz de Beneficencia de 3.ª clase y pensión de 250 pesetas mensuales, por servicios prestados con motivo de la inundación ocurrida en Valdepeñas el 12 de Septiembre de 1897.

Día 21.—1850.—El gobernador de Ciudad-Real participa al alcalde corregidor de Valdepeñas, que en el expediente instruido, sobre propiedad del término jurisdiccional de Aberfuras, se ha declarado que dicho término corresponde exclusivamente a Valdepeñas.

Día 22.—1911.—Llegan a Valdepeñas en tren especial, el director de la Compañía M. Z. A., y varios ingenieros, para fijar el sitio de la nueva estación.

Día 23.—1906.—Estreno, en Valdepeñas, de la zarzuela «María», de D. Alfonso Madrid, música de Don Manuel Pinilla.

Día 24.—1889.—Se funda la congregación de San Luis Gonzaga, por el P. Tarín.

Día 25.—1894.—Al salir de su casa, Pintor Mendoza, 4, duplicado, es asesinado el escribano D. Carmelo Merlo y Córdova.

Día 26.—1696.—Toma el hábito trinitario, en Valdepeñas, Gabriel González, hijo de Gabriel y de Catalina Merlo.

Día 27.—1810.—Chaleco, en Consolación, atacó a un correo escoltado por cinco franceses, que quedaron muertos en el campo, y en su poder todo cuanto conducían.

Día 28.—1821.—Nace en Valdepeñas el general D. José Ramón Osorio y Megía.

Día 29.—1876.—Acuerda el ayuntamiento celebrar la terminación de la guerra carlista, con iluminaciones, colgaduras, cabalgata, sufragios, entrega de 250 pesetas a la familia de cada uno de los valdepeñeros muertos en campaña, igual cantidad a cada inútil por acción de guerra, y 50 pesetas a los heridos.

EUSEBIO VASCO.

El Dr. Franqueza

Subí el último peldaño de la escalera y por fin me encontré ante la puerta que contiene la placa anunciadora del Doctor portentoso, un almacén de ciencia y un mundo de sabiduría. Ante todo extráñame sobre manera que un Sabio de las cualidades de franqueza viviera en el último piso de una misérrima casuca; tal vez sería una de sus lucuras favoritas, soñar en la bella utopía de una miseria fingida, tal vez quisiera apartarse de las corruptelas y vanaglorias del ambiente burgués; lo cierto es que me pareció mal entonces la avaricia ó extremada economía del doctor.

No sin algún escrúpulo (tan sucio y descuidado era todo aquello) dimos suaves golpes en la puerta y acto seguido oí un ligero rumor de pasos precedidos de una admiración de sorpresa. Abrieron la puerta y ví una damita de ojos soñadores y talle esbelto que me preguntó si quería ver al doctor.

—Si, señorita—contesté.

Entonces pase—replicó la joven.

Yo con cierto temor, abancé guiado por la doncella risueña que ajena á cuanto le rodeaba estaría riendo de mi apocada presentación. Pasamos aún amplio local iluminado por la luz incierta de aquel día gris.

A una señal de la joven tome asiento, los pocos momentos que estuve solo me dediqué á observar la habitación en que me hallaba; todo su mueblaje se reducía á unos cuantos sillones de vieja usanza, una mesa atestada de libros y cuartillas y un sillón más viejo que los demás, frente á la mesa del centro. Allí no había luz eléctrica, un quinqué era el compañero nocturno del doctor misterioso. Por fin apareció éste por una puertecita casi oculta que había á la izquierda. Era un hombre alto, seco, de mirada penetrante, é incierta, su larga barba dábale un aspecto de filósofo oriental, y sus dedos estirados y enjutos parecían varitas mágicas de oculta virtud.

Le llamaban el médico Psicólogo tal vez por que estudiara las enfermedades del alma, los temores inmotivados; no estudiaba organismo; estudiaba ideas, emociones, sentimientos, en fin, todo lo que tuviera un fundamento espiritual y una base psíquica.

Después de saludarme me miró fijamente, como si quisiera escrutar el misterio de mi vida, encendió su apagada pipa y sentose en su sillón con cierto gesto de curiosidad.

—Tengo miedo á morir—dije inconscientemente como si una fuerza superior á mi me impulsara á hablar con íntima sinceridad—El doctor ca-

llaba..., callaba como si quisiera saber algo más.

—Estoy enfermo... muy enfermo—continué—mi organismo se debilita por momentos, mi vida parece una luz que se desvanece lentamente, la tristeza devora todas mis ilusiones, machaca con saña mis ansias locas y entrega al alma el veneno de la nostalgia.

El doctor cogió una cerilla y con ella quemó despreciativamente unas cuartillas de caracteres gráficos.

AMBROSIO MUELA.

(Continuará)

PLUMADAS

¡DULCE!!

Para la simpática señorita Dulce de Múgica.

¡Dulce!... excelsa mujer.... divino ideal, ser fantasmagórico engendrado por la ilusión en la mente de glauco poeta... visión extraña y espiritual encarnada en un cuerpo de sublime belleza... cuerpo de una belleza plástica incomparable que parece cincelado en Jios en albe mármol por la mano del gran Proxitéles, y que rivaliza en sublimidad y en belleza con sus dos Venus, la de Cnido y la de Cos, y aun con su vivo modelo la cortesana Fryné, cuyos contornos o perfiles eran de una delicadeza exquisita, ¡Dulce!... búeare rebosante de ignota poesía... cálido perfume que embriaga y que extasia al alma contemplativa... Estética ideal... estatua griega que parece arrancada de la Acropólís de Atenas y trasladada a lo monótona llanura de la Mancha; su cabeza más divina que la de Venus, Afrodita, adornada con un casco de cabellos rubios que parecen auríferos rayos colocados por el mismo Febo; sus ojos dos zafiros del Oriente de destellos ideales, su nariz de un perfil irreprochable, su boca como el incendio de una aurora y al sonreír muestra sus dientes diminutos como nacaradas perlas de Ceilan, la epidermis de su rostro, blanco, ligeramente sonrosada en las mejillas y de una ternura incomparable, su cuello erguidor carnoso y blanco como una camelia, el torno de la Venus de Tralles, incomparable con el suyo... el traje sencillo pero suma elegancia modela las líneas de su cuerpo ideal...

Dulce, es la décima musa, la que inspira los más exquisitos y delicados madrigales... su voz es solo comparable al susurro de los arroyuelos que se pierden bajo la fronda de los mirtos y de los abedules como ondulada de serpiente de argentinas escamas y que reflejan los rayos de la costa Latona. A veces suele inclinar su cabeza hacia atrás como flor olbea de aureos pistilos que sobre sus pé-

talos tiene depositadas nítidas gotitas de rocío que semejan efímeros brillantes de Golcónola y que hace que se incline languidamente...

A pesar de su belleza es un ser incomprendible, toda ella es un arcano; casi siempre se muestra indiferente, esquiva, irónica... complaciéndose en hacer sufrir a los que la... admiran... a veces se encierra en un mutismo impenetrable torturando el alma de quien la ama, mientras la enigmática mirada de sus ojos azules se pierde en lo infinito buscando eternas e ignotos ideales. contesta con gesto de fastidio... al mismo tiempo que unos labios tembloros de emoción dejan escapar un nombre en un suspiro...

E. DE ECHALECU Y GANINO.

LA INDUSTRIA

SUS CLASES Y MODIFICACIONES

El trabajo del hombre, aplicado á la producción, se manifiesta en diferentes esferas, que la mayor parte de los economistas han convenido en clasificar de tres modos que son:

La Industria Agrícola, que comprende aquellos trabajos que tienen por objeto el conseguir de la Naturaleza las primeras materias, incluyendo aun aquellas que no necesitan la cultura del suelo, sino que se presentan espontáneamente, como son los productos de la caza y de la pesca.

La Industria Manufacturera, propiamente llamada industria, que comprende los trabajos que se hacen sobre las primeras materias, y que imponiéndolas una nueva forma las dan un valor y una utilidad de que carecían anteriormente.

La Industria Comercial se ocupa de los trabajos que tienen por objeto la venta de lo que se ha comprado sin afectar los productos con otra transformación que el transporte y la subdivisión en partes, para ofrecerlas á los consumidores en los diferentes lugares y en las porciones que para sus usos les convengan.

Hay, en una palabra, la agricultura que produce, la industria que transforma y el comercio que subdivide; á cada una de estas manifestaciones del genio del hombre se aplican reglas y leyes diferentes.

La agricultura merece la atención y vigilancia de un gobierno ilustrado, pues la labor y los pastos constituyen las dos principales fuentes de la riqueza pública.

Las artes, la industria y el comercio se han desarrollado extraordinariamente y con una prodigiosa actividad en el presente siglo, probando así que son dignas de su emancipación y de la protección que han recibido.

Y, ¿sabéis cual ha sido el factor